

Don Quijote en América, historia de un debate crítico

Un hidalgo recorre el Nuevo Mundo

A finales del siglo XIX un hidalgo merideño traza el plan de una novela. Avatares de la vida no confesados –arte de la modestia y consideraciones al lector– lo llevan a interrumpirla. Una gran fecha se acerca y un gran homenaje vendría a ser la clave de tan justificada postergación. En 1905 se cumplirían tres siglos desde que en la imprenta de Juan de la Cuesta en Madrid, se editara la primera parte de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha*. Buena ocasión para recordar, y más aún para revivir la esencia del personaje que fue armado de caballero y tomó como bandera la misión de enderezar entuertos, desfacer agravios y amparar huérfanos y viudas.

Otro caballero, en tierras americanas haría lo propio, pero distintos serían los entuertos de su tiempo; intenta recomponer el mundo, sacarlo de sus vicios y resabios; emprende así una nueva aventura, una cuarta salida. Éste es el tema de la novela con la que en 1905 Tulio Febres Cordero rindió homenaje a Miguel de Cervantes Saavedra. *Don Quijote en América o sea la cuarta salida del ingenioso hidalgo de La Mancha* fue el título de esta singular obra, que salió de la no menos quijotesca tipografía de El Lápiz: “Este Quijote, aunque el mismo de Cervantes en espíritu y en verdad, es muy otro en cuanto a la manera de manifestarse”, señalaba la “Advertencia de la primera edición”, y esa aclaratoria sería uno de los motivos que muy pronto desataría un prolongado debate crítico. En el prospecto con que Febres Cordero introduce sus obras, en 1930, señala que en materia de crí-

tica histórica y literaria no hay ni puede haber exención de cosa juzgada: cada generación conoce y juzga según el espíritu de su época”¹.

Con ese criterio, adelantado por el mismo autor, nos proponemos hacer un recorrido por las diferentes apreciaciones críticas que sobre *Don Quijote en América* aparecieron en periódicos y revistas de Los Andes y de otras regiones de Venezuela, así como en publicaciones periódicas de la vecina Colombia. Las valoraciones son abundantes, breves la mayoría, algunas cargadas de fina intención exegética; otras de punzantes reparos, que Don Tulio, supo sortear con hidalguía y entereza. El juicio, cuando es penetrante y va más allá de los simples cumplidos, o de las formalidades de época con que buena parte de la intelectualidad nacional recibió aquel libro, es audazmente severa, a veces despiadada, pero no doblega la nobleza con la cual Febres Cordero recibió las críticas adversas.

Tanto las tomó en cuenta que no sólo organizó un álbum con los recortes que traían opinión favorable o contraria, sino que incluyó algunos, como paratextos de las ediciones subsiguientes. En la segunda edición (1906), incluyó una “Aclaración” como prólogo y la “Advertencia de la primera edición” (1905), esta misma se reimprime en la tercera edición (1930), donde se insertan dos cartas que según el autor “informarán al lector sobre el debate crítico de que fue objeto esta obra cuando por primera vez vio la luz pública en 1905”². Así la carta de Pedro Fortoul Hurtado, quien reconoce los valores y el aporte de Tulio Febres Cordero a la literatura, defendiéndola de los modernistas “corruptores de la lengua” y a quienes no da “el placer de leer algo, siquiera de obscura procedencia, contra la labor intelectual de un gallardo representante de la buena causa”. Con este cumplido de defensa, se adentra en la novela para elaborar no un elogio sino un detallado juicio lacerante. Define el proyecto de Febres Cordero como una “vituperable profanación” y como una “simple aberración”. Una obra que en su opinión nació enferma, tan gravemente enferma “que la crítica no puede hacer otra cosa para con ella que dejarla morir en el silencio”³. A este juicio responde desde Co-

lombia, Manuel Rodríguez Chiari, quien resume y defiende los alcances de la obra del merideño:

En verdad el libro en cuestión no ha muerto, ni ha quedado olvidado, ni la crítica guardó sus fallos consagrados para mejor ocasión, como dice el señor Fortoul; ella habló y apuntó defectos y prodigó aplausos, merecidos estos, ciertos aquellos. De otra manera no me podría explicar cómo una obra que nació en un ataúd, arreglada con mortaja y todo para ser llevada a la fosa fría de la indiferencia y por añadidura señalada por el señor Fortoul como sacrílega, haya podido lucir tres trajes o por hablar más claro tres ediciones. Y, cuenta que la muerta anda y es regocijo de muchos y congoja de otros. De mí, sé decir que con sus páginas me he recreado grandemente y que mi reducido criterio me ha dejado comprender la sabia y moralizadora crítica que encierra la imitación noble del Inimitable de Cervantes⁴.

Al parecer, algunos autores tomaron la obra de Febres Cordero como una afrenta, sin percatarse de que en el fondo sólo había intención de homenaje. Los estudios recientes de recepción literaria admiten el homenaje bajo diversas formas, bien como imitación o parodia⁵. Don Tulio tiene claro su objetivo cuando señaló que el héroe de los molinos de viento está vivo y muy vivo, apostado en cada encrucijada del mundo; y no se le ofende ni profana sino más bien se le rinde homenaje.

Propósito moral y patriótico

La traslación que hace don Tulio del famoso caballero de la triste figura viene a reafirmar lo que de soslayo se interpreta como una necesidad didáctica. Tal fue la intención de Cervantes al proyectar su fascinación sobre su época y, al mismo tiempo, ofrecer una interpretación de su contempora-

neidad. Así como Cervantes realiza una inflexión sobre su obra misma y con ella agudiza su conciencia sobre la escritura, *Don Quijote en América* coloca su punto de reflexión en la realidad americana, es decir, en las consideradas por algunos ensayos positivistas como repúblicas enfermas, que aún no superan el centenario de sus respectivas declaraciones de independencia, y se quejan de sus males y atrasos, es decir, de las llamadas enfermedades republicanas. Don Tulio modifica el patrón del desasosiego frente a su presente buscando un prototipo que altere esa conciencia de realidad. Igual que ocurre con su modelo:

Si el Quijote es la expresión del desengaño, desilusión, tristeza, melancolía o velada protesta de Cervantes, ello debiera inducir al que así lo ve a explicar a además por qué ese desengaño y esa desilusión dieron en expresarse precisamente en la risa y la burla de una invención cómica y festiva, y no en la amargura, el resentimiento y la recriminación, lo cual hubiese sido mucho más normal o común⁶.

Don Tulio también aplica una dosis de humor, propicia la hilarante analogía de los desafueros del personaje, el Doctor Quix y su ayudante –que no escudero– el señor d’Argamasille, en quienes, junto a los demás personajes, recrean un cuadro, a juicio del autor, criollista, que emplea la ironía contra la extravagancia y la sátira contra la prepotencia.

Febres Cordero, desde el prólogo a la segunda edición, que inserta a manera de aclaratoria, insiste en que su obra no pretende ser continuación de la cervantina, sino que procura en el sentido moral y patriótico “aplicar la crítica cervantina como correctivo de vicios y preocupaciones reinantes en lugar y época determinados”⁷.

Este mal que nos affige –en opinión del patriarca de las letras merideñas– es “el menosprecio de lo criollo y la servil imitación de lo extranjero; mal que no encubre bajo la capa de un progreso artificial, y que acabará por desnaturalizarnos del todo, privándonos de creencias, carácter, tradiciones,

costumbres, industrias y cuanto de antiguo forma nuestro patrimonio de raza y nuestro distintivo señorial”⁸.

El juicio del tiempo

Todas las opiniones publicadas, fueron recibidas y reunidas celosamente por don Tulio. De ellas da cuenta desde el prólogo a la segunda edición de su *Don Quijote*. Sin duda que cuantitativamente son más las alabanzas y los reconocimientos positivos que los juicios severos, aunque estos muchas veces vinieron acompañados de un caballeroso tratamiento en que se reconocían las altas dotes intelectuales del autor para luego, sin embargo, hincarle un juicio negativo o altisonante.

Don Tulio no se arredra frente a este tipo de lecturas. Por el contrario, se reafirma, con modestia, pero su insistencia en explicarse, demuestra una resignada vocación didáctica. Pareciera obligado a tener que justificar permanentemente lo que hace. No tiene el talante de otros intelectuales de su época que asumían que la obra habría de defenderse sola. Por el contrario, don Tulio guarda un anhelo, el de reunir todos los juicios, publicarlos, y dejar que sean otras las voces que hablen por él. Esta edición de valoraciones y juicios críticos sobre *Don Quijote en América* cumple con ese anhelo al celebrarse un centenario de su publicación. En abril de 1906 el autor escribe:

Harto satisfechos estamos, sin embargo, del éxito alcanzado, por la buena acogida del libro entre los doctos y el público en general; y bien quisiéramos, en señal de nuestro aprecio y agradecimiento, publicar aquí los juicios honrosísimos que sobre él se han hecho dentro y fuera del país, así por la prensa como en cartas particulares, pero siendo muchos y autorizados los más por personas muy competentes en ciencias y letras, nos detiene el temor de que no se atribuyese a tal su publicación, sino a des-

quite de la tacha que hemos rebatido, o a vanidoso alarde de los aplausos prodigados a la obra, cosas muy ajenas a nuestro carácter⁹.

Saber y poder de la autoridad

“Deseamos [que] se generalice la lectura de tan ingenioso libro, para que sus positivas enseñanzas y sus oportunas críticas produzcan el saludable efecto de corregir tantos defectos y vicios de que adolece la sociedad moderna, como frutos perniciosos de una sociedad espuria”. Así celebraban la aparición de la novela los distinguidos merideños Antonio Ignacio Picón, Federico Salas Roo, A. C. Sanz y Caracciolo Parra Picón¹⁰. De este tenor era el juicio que coincidía con los preparativos hechos por Febres Cordero para argüir a su favor que no pretendía imitar a Cervantes en lo literario, salvo en lo didáctico y moralizante.

Tempranamente llegó también el espaldarazo del General Cipriano Castro, presidente de la República, quien no sólo le agradece el envío, sino que le solicita a cuenta cien ejemplares de la obra. “Apenas he empezado a leer su producción, y sin riesgo de equivocarme, aun cuando no soy perito en la materia, le creo digna de la envidia de los que se llaman literatos”¹¹, subraya el presidente.

La aparición de la novela fue todo un acontecimiento a juzgar por la cantidad de cartas, comentarios, hojas sueltas, reseñas de lanzada que obtiene el libro. Amén del reconocimiento o halago por las dedicatorias con que Febres Cordero hizo llegar el libro a sus colegas escritores, periodistas, redactores y particulares. A pocos días apenas de la publicación del libro, aparecen las valoraciones que abundan en paralelismos y reflejan ya los elementos que diferencian la obra de don Tulio del modelo cervantino:

Olvidado de su lanza y de su fiel rocín, monta en bicicleta, viste de turista y alimenta ideales a lo yankee. Nada conserva de su antiguo ser y hasta

su propio nombre lo trueca y deforma. Antes en ventas y por caminos, alzándose y con gentil talante la visera, publicaba su nombre y sus hazañas el andante valeroso. Y ahora no quiere que nadie sospeche su verdadero nombre. Bebe whisky y no se le acuerda para nada Dulcinea. Se dice caballero del Progreso, pronuncia impertinentes discursos y se mete definitivamente a inventor y hombre de ciencia¹².

Así resume el paralelo entre las dos figuras el reconocido –y temido– Jesús Semprum desde las páginas de *El Cojo Ilustrado*. Lo que cuestiona el crítico zuliano es que Febres Cordero “por avisar la nota crítica y burlona, el autor eche a perder algunos pasajes que hubieran podido ser por completo hermosos”.

Mientras que reconoce en la obra “una caricatura, con sus consiguientes extremos cómicos”, concluye que “de todo el libro no se desprende otra cosa que la condenación de los que pretende mejorar a todo trance las condiciones de nuestra vida: bien están las cosas como están. Despojemos al doctor Quix de sus ridículas exageraciones y resultará muy apreciable frente al cacique bestial que así como lancea al tigre inverosímil del inverosímil Jardín Zoológico de Mapiche, sería capaz también de romper a pedradas los faroles públicos”.

A don Tulio lo llaman el “Cervantes venezolano”, pero no sólo porque utiliza un estilo donairoso y látigo de seda para combatir la extranjerización de nuestras costumbres, como señala Numa P. Navarro, sino por la utilidad y amenidad de su obra, que para otros, como la obra misma de Cervantes, “es una fotografía exacta de la humanidad. Esto por lo que respecta a la intención que persigue, a su acervo filosófico, que en cuanto a la buena dicción, a la sonoridad de las cláusulas y a la sublime limpieza del estilo, ya muy eminentes gramáticos la han canonizado como molde del más racional y estricto clasicismo”¹³.

El mismo Ignacio Martínez reconoce en Febres Cordero la notable tarea de engrandecer la Venezuela literaria, tal como lo hicieron Rafael

María Baralt y Andrés Bello. El autor ve en esta obra un ejemplo de autotonía: “La literatura en Venezuela atraviesa un período alarmante: ni la herencia que nos legaron los sabios ya nombrados, ni la gloria de Pérez Bonalde, Yépes, Guaicaipuro Pardo, Vázquez, los Calcaño y otros han sido bastante para salvarla de ese desastre espantoso que se llama *decadentismo*¹⁴.”

La comprensión de la tarea aleccionadora que le imprime el meridiano a su obra, es vista por algunos con marcado optimismo, como una presencia decisiva del elemento americano, renovador y no imitativo frente a los modelos extranjerizantes, imbuidos del ideal moderno de progreso, utopía y falsa oferta de felicidad. No sólo en la región andina el libro causó impacto, también en otras regiones del país y en la vecina Colombia, donde se acusa la recepción de la novela con notas que dan cuenta de la intensidad con la que fue leída:

Pero si bien D. Quijote conserva su valor, su nobleza, su generosidad y su locura, ya no va con las armas de los antiguos caballeros andantes, sino con las del presente siglo; ya no es el caballero de la Triste Figura sino el Caballero del Progreso, y va montado en bicicleta, con botas altas y casco, armado del compás, la brújula, y el barómetro, cometiendo graciosísimas locuras en nombre de la ciencia y del progreso. El inteligente autor prueba que evidentemente D. Quijote es un personaje de todos los países y de todos los tiempos, que su locura va con las situaciones y las épocas del mundo, y que por donde quiera se ven ahora Quijotes del progreso, descubridores del helióforo y otras cosas de la laya¹⁵.

Si bien es cierto que los ecos que el libro produce se dejan escuchar desde diversas partes del país, desde Caracas, Carúpano, Maracaibo, Trujillo, Tucupita –donde solicitan autorización para reproducir la novela por entregas en el semanario Delta Amacuro–; también es cierto que esto traduce la eficiencia con la cual Febres Cordero hacía circular el libro; se esmeraba en dedicarlo a personas e instituciones y redacciones periodísticas; pero

también procura encontrar lectores que estuvieran dispuestos a adquirir el libro, a encargar listas de posibles lectores, a procurar la colocación en venta de un determinado número de ejemplares, toda una estrategia de mercadeo que incluía la venta por anticipado de la futura reedición¹⁶.

Con un celo que más bien se trueca en prejuicio, la obra de Cervantes ha sido históricamente casi intocable para los peninsulares. Descontando el desafortunado lance de Alfonso Fernández de Avellaneda, cuyo Quijote fue repudiado por insolente –entre otros calificativos más estridentes– o los interesantes escarceos de don Miguel de Unamuno, en su célebre obra *Vida de Don Quijote y Sancho según Miguel de Cervantes Saavedra* (1905), quien llegó a conocer la novela del merideño. En América tuvo una positiva acogida el intento de Juan Montalvo, *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes. Ensayo de imitación de un libro inimitable* (1895), el cual, para algunos comentaristas de *Don Quijote en América* sirve como marco de referencias y comparaciones¹⁷. Bien se notan, en el recuento que hace el colombiano Maximiliano Grillo, las repercusiones que en el prestigio de algunos escritores ha tenido el empeño de intentar escribir como Cervantes, de imitar su estilo, de pretender reconstruir su mundo. El juicio del colombiano pasa por Montalvo, quien apenas sale bien librado, pero también transita, con menor fortuna, por las obras de Guillén de Castro, de Calderón de la Barca, de Gómez Labrador y otros que, pretendiendo el culto al manco de Lepanto, no han hecho sino profanar aquel ingenio. Ninguno sale bien librado; pero del Quijote de don Tulio dice lapidarias frases:

Don Quijote en las páginas del Sr. Febres parece un maniquí ridículo, un pseudo-sabio que en un pueblo de Venezuela trata de construir una máquina para conservar en la noche la luz del sol. La imaginación del caballero no trasiega por el campo del honor, desfaciendo agravios o en plática peregrina con la gloria, en un Doctor Quix, sin la maldita gracia, una caricatura irreverente¹⁸.

Muchas son las colaboraciones que se registran en los periódicos de provincia, algunas cartas al autor y hojas sueltas que acusan el recibo de la obra y discurren tímidamente mientras se niegan a asumir su intromisión en el tema o la estructura. El título de la novela parecía ser ya suficiente obstáculo por no decir reto, por cuanto, a priori, ya había una explícita acogida del referente literario e historiográfico. El personaje central, el doctor Quix y su compañero de aventuras, el inefable señor d'Argamasille son aparentemente reflejos del caballero de La Mancha y su escudero, pero no corresponden exactamente al motivo, ni representan una misión similar como personajes.

Lo que deviene juicios críticos o aproximaciones a la obra son apenas puentes discursivos que quieren tenderse para regocijarse con el autor, para reconocerle el sitial ya colmado de prestigio del cual gozaba don Tulio entre los escritores de la época¹⁹. Incluso, en tono humorístico, un reconocido escritor de la época, humorista consumado como Francisco Pimentel, Job Pim, le envía una carta haciéndole un guiño al “Cervantes” redivivo de la provincia venezolana: “Aunque no tengo la honra de conocer a Ud., sino muchos deseos de ser su amigo, voy a permitirme una franqueza: ¿tiene Ud. la seguridad de ser el autor de *Don Quijote en América?*... se lo pregunto porque, soy un tanto espiritista y, en ocasiones, al ver tal semejanza de estilo y de intención entre los dos Quijotes, he llegado a imaginar que por las regiones andinas está peregrinando el alma de Cervantes y ha escogido a Ud. para que le lleve la pluma”²⁰.

Caballeros y escuderos en la defensa y el ataque

No fue solamente don Tulio quien se ocupó de defender su obra de los ataques furibundos de algunos lectores que, precipitados unos, infundados otros, hallaron en el Quijote andino un blanco para zaherir y negar otros valores intelectuales y ciudadanos de don Tulio. No pocos escritores y perio-

distas salieron en su defensa, algunos desmontando las malas lecturas que se hacían de la obra, otros atacando los intereses mezquinos, y otros, aleccionando con valoraciones que tampoco iban en camino de insertar críticamente la obra en su espacio-tiempo. Y la defensa también provino de críticos reconocidos, que tenían fama de no prodigar elogios gratuitos, como es el caso de Gonzalo Picón Febres, a quien Pedro Romero-Garrido utiliza como escudo para defender a Febres Cordero de los ataques de un tal “N.X.”, quien había publicado en El Nuevo Diario de San Cristóbal un artículo titulado “Don Quijote en Villaseñor”, en el cual acusaba al libro de ser “mediocre en el fondo y desaliñado en la forma”. Señalaba Romero-Garrido: “Parécenos que N.X., o no ha leído o ha leído mal el libro del señor Febres Cordero; que de haber leído no estamparía ese concepto precipitado que deja dudas sobre su probidad crítica”²¹. Existen otros juicios que caen abiertamente en la burla, como es el caso de Víctor R. Martínez, quien se propone escribir su propia versión del Quijote, que titularía *Don Quijote en Burrópolis*. De este proyecto da cuenta en el periódico El Avance de Sabana de Mendoza, y obtiene una respuesta irónica por parte del señor V. M. Lugo Blanco, quien sale al paso con contundente gallardía para decir que esta provocación obedecía simplemente a una expresión envidiosa, la misma que había movido en Maracaibo, en la misma dirección, a un señor Alegretti.

En lo que respecta a las cartas enviadas por amigos y familiares de Tullio Febres Cordero en relación con *Don Quijote en América*, vale decir que los juicios son más sosegados. En muchos casos hay un desborde de afectividad y reconocimientos. Por tratarse quizás de comunicaciones directas, no se observa el denodado interés por desmenuzar los elementos formales, temáticos o estilísticos de la obra. Salvo en el caso de una extensa carta del Cardenal José Humberto Quintero donde explaya una serie de reconocimientos y da cuenta de una lectura cuidadosa de la obra. Aprovecha además para contradecir a Picón Febres quien en su obra *La literatura venezolana en el siglo XIX*, que apareció en 1906, justo al año de la primera edición de *Don Quijote en América*, cuestiona los aspectos ideológicos de la novela:

Gonzalo Picón-Febres en la crítica, a mi parecer demasiado severa, que en su obra *La Literatura Venezolana en el siglo XIX* hace de *Don Quijote en América*, afirma que no bastaba la casa *yanquizada* de Don Manuel para influir en el cambio de costumbres de San Isidro y que, por consiguiente, las corrientes sociales contrapuestas no estaban bien reflejadas. Con el perdón y la reverencia debidos a tan alto literato, me atrevo a hacer notar que el eminente crítico no pasó quizás mientes por una parte en la novelaría de nuestro pueblo y en su espíritu de imitación que lo lleva a seguir siempre lo exótico, lo cual si en el momento no produce la desintegración de las costumbres, porque ésta es obra de tiempo, puede traerla a la posta, dado que a fuerza de imitar llega a convertirse en natural y propio lo que al principio era artificial y postizo, como sucedería ciertamente en el ilustre orador mismo con parte de su acción y gesto tribunicios y como a cada paso lo confirma, aún en nimiedades, la experiencia²².

Muchos otros podrían ser buenos ejemplos de cómo la obra fue recibida en su momento; cómo la recepción crítica osciló entre comprensivas lecturas –para algunos homenaje o divertimento– y encarnizadas defensas del modelo cervantino, sospechosamente hispanófilas, y apegadas a la norma realista que no comprendió que la ficción siempre escapa a toda prueba de verdad. Cien años después tenemos este libro cargado de nuevos sentidos, renovado en su manera de interpretar –como decía Unamuno– la verdad cervantina. Bien dice el narrador de este Quijote del Nuevo Mundo, “de todo ha de verse en el plan y redacción de los modernos libros de la caballería del Progreso, que deben de ser, por la naturaleza del asunto y circunstancias de lugar y tiempo, muy otros de los que se escribieron en la pasada edad sobre la caballería del honor y de las armas”.

Criterio de esta edición

Esta presentación sigue de manera progresiva el orden como se han organizado los materiales reunidos en el presente volumen. En primer lugar, todos los artículos, testimonios, acuses de recibo, hojas sueltas y textos críticos, fueron tomados del álbum de recortes que minuciosamente coleccionó Tulio Febres Cordero, quien registró cronológicamente su publicación y adecuó los recortes al tamaño del “cuaderno” que le sirvió de soporte²³. En ese sentido, los datos apuntados al pie de cada texto corresponden a las anotaciones del mismo Febres Cordero.

En segundo lugar, se han añadido textos que fueron mencionados en cartas, artículos y otros documentos, la mayoría publicados en periódicos y revistas nacionales. En tercer lugar, se incluye una serie de cartas de familiares, amigos y admiradores que contienen datos, valoraciones o menciones de *Don Quijote en América*. Finalmente se incluye un apartado de singular valor historiográfico. El mismo recoge la correspondencia cruzada por Febres Cordero y Julio A. Bustamante, quien se convirtió en intermediario de una posible edición de la obra en inglés, traducida, como se da fe, por Octavio Alberto Montell. La misma no llegó a publicarse debido, probablemente, a las exigencias que el traductor fue incorporando, y que tenían que ver no sólo con aspectos formales de la obra o equivalencia de vocablos, sino con algunos de sus planteamientos ideológicos, donde hay cuestionamientos al estilo de vida estadounidense, frases irónicas y juegos de palabras que el señor Montell le sugería alterar, atribuyéndoselos a Europa.

Por supuesto que esto significaba prácticamente escribir otra novela ajustada a los intereses del futuro público lector, y más aún, que la obra traducida lograra vencer la censura. El traductor sugería, por ejemplo, “que sería bueno que se omitiese todo lo que se refiere a “New York” y a los “yankees” en varias de las páginas del libro. En la página 319 hay un pasaje que se refiere directamente a este país, que hay que quitar, y en cambio, susti-

tuirlo por otro que exalte a los Estados Unidos, para que cause mayor impresión en el ánimo de los “americanos” y resulte el libro un éxito completo”²⁴.

El señor Julio A. Bustamante mantuvo con entusiasmo la idea de que la novela fuese traducida y editada en Estados Unidos. Su papel como intermediario no logra permear la prisa del traductor, el señor Montell, quien insiste en varias cartas en que don Tulio realice una serie de “ajustes”, que nada tenían que ver con la orientación original de la novela. De este cruce de mensajes y peticiones sobrevino un significativo silencio por parte del merideño, quien, no obstante, ya había escrito el documento que a manera de contrato, establecía el convenimiento de la edición. El silencio de don Tulio es elocuente, pronto comprendió que los cambios solicitados no tenían sentido y que la obra traducida no llegaría a publicarse.

Gregory Zambrano

Mérida, 2005

- ¹ Tulio Febres Cordero, *Don Quijote en América o sea la cuarta salida del ingenioso hidalgo de La Mancha*, en *Obras Completas*, Caracas, Antares, 1960, Tomo V, p. 6.
- ² Don Tulio también editó un folleto que lleva por título *Carta crítica sobre D. Quijote en América escrita por Pedro Fortoul Hurtado y contestación del autor*, Mérida, Venezuela, Tip. de El Lápiz, 1907.
- ³ La carta crítica de Pedro Fortoul Hurtado se recoge igualmente en Tulio Febres Cordero, *Don Quijote en América o sea la cuarta salida del ingenioso hidalgo de La Mancha*, en *Obras Completas*, Tomo V, pp. 8-9.
- ⁴ Véase la nota de Manuel Rodríguez Chiari, titulada “D. Quijote en América”.
- ⁵ Según Gérard Genette, se conoce como *parodia* el régimen satírico de la imitación mientras que el homenaje es el régimen no satírico de la imitación, que apenas puede permanecer neutro y al que no le queda más elección que la burla o la referencia admirativa. Véase al respecto *Palimpsestos. La literatura en segundo grado*, trad., de Celia Fernández Prieto, Madrid, Taurus, 1989, pp. 118-119.
- ⁶ Luis Andrés Murillo, “Introducción” a Miguel de Cervantes Saavedra, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha*, 5ta. ed., Madrid, Clásicos Castalia, 1978, Tomo I, p. 13.
- ⁷ Febres Cordero, *Obras Completas*, Tomo V, p. 19.
- ⁸ *Ibíd.*, p. 20.
- ⁹ Febres Cordero, “Aclaración” (Prólogo a la segunda edición), en *Obras Completas*, Tomo V, p. 20.
- ¹⁰ Véase la hoja suelta titulada “Felicitación”, Tip. León XIII, Mérida, 4 de julio de 1905.
- ¹¹ Véase “Honroso telegrama”, fechado el 23 de Julio de 1905. Sobre el tema de la envidia, varios son los testimonios con que algunos escritores defienden a don Tulio. Por ejemplo, este de Lisandro Acosta Canales, titulado “De aquí y de allá”: “Lamentamos que la estrechez de las columnas de nuestro semanario no nos permita honrarlas con la reproducción del artículo del Doctor Bustillos; pero sí le decimos desde acá, al justiciero y galano escritor trujillano, que nos adherimos de todo corazón a su juicio emitido sobre la obra de Tulio, porque con ese juicio, además de rendirle culto a la verdad, complace a los admiradores del afortunado autor de *Don Quijote en América*, que somos muchos, y le grita: ¡alto ahí! a los que, por envidia, o por

cualquiera otra pasión innoble, miran de reojo todo aquello que su escaso intelecto no puede producir”. Véanse también los dos textos titulados “Don Quijote en Burrópolis”.

- ¹² Jesús Semprum, Bibliografía: Tulio Febres Cordero, “*Don Quijote en América o sea la cuarta salida del ingenioso Hidalgo de La Mancha*”, Mérida, Venezuela, 1905, En: *El Cojo Ilustrado*, Año XIV, núm. 327, 1905 (ago. 1) pp. 497-498.
- ¹³ Véase el texto de Ignacio Martínez, titulado *Don Quijote en América*, publicado en *El Castillo*, Valera, Septiembre de 1905.
- ¹⁴ Sobre el tema del decadentismo, Juan P. Bustillos, publica un largo artículo valorativo que, entre otras precisiones, diferencia a las escuelas en boga, el modernismo y el decadentismo. Véase “Un nuevo libro en Los Andes”, publicado en *El progreso*, Valera, septiembre de 1905. Sobre el tema, también la carta de José Humberto Quintero, fechada en Roma, el 12 de marzo de 1924 y publicada en *El Diario*, Carora, 28 de abril de 1924, Año VI, núm.1387, pp.1, 3.
- ¹⁵ Véase A. León Gómez, *Don Quijote en América, Sur-América*, Bogotá.
- ¹⁶ Véase la carta de Luis Febres Cordero, fechada en Cúcuta, el 22 de septiembre de 1906.
- ¹⁷ Un buen recuento del impacto que la obra de Cervantes tuvo en Venezuela y en las provincias hispanoamericanas puede encontrarse en el estudio de Guillermo Morón, “El Quijote en Venezuela”, publicado como prólogo a la edición de *El ingenioso hidalgo don Quijote de La Mancha*, que en 1992 hiciera la Academia Nacional de la Historia, pp. IX-XXX.
- ¹⁸ Maximiliano Grillo, *Don Quijote en América*, en *El Correo Nacional*, Bogotá, Febrero 20 de 1906.
- ¹⁹ Véase como ejemplo el artículo de José Arnau Francés, redactor de *El Mundial*, diario de Valencia, que culmina con las siguientes apreciaciones: “Cuando murió Don Benito Pérez Galdós fue opinión de ese artífice del idioma que se conoce en el mundo de las letras con el nombre de Don Antonio Zozaya, que la pretensión de criticar la obra del gran escritor hispano era empresa superior a la inteligencia humana. Tal nos ocurre a nosotros al terminar la lectura de *Don Quijote en América*, la obra máxima del excelente escritor merideño Don Tulio Febres Cordero; sentimos por un lado la atracción del asunto y de otro el temor de que se nos tache de pretenciosos, por haber emprendido una tarea muy superior a nuestras fuerzas. Es

por eso que hacemos la oportuna salvedad. Estas líneas sólo son las impresiones sinceras de un lector enamorado de nuestro idioma, jamás un juicio crítico”, Valencia, Noviembre de 1931.

²⁰ Francisco Pimentel, carta fechada en Caracas, el 25 de abril de 1907.

²¹ Véase el artículo de Pedro Romero-Garrido, titulado “Don Quijote en Villaseñor”, fechado en julio de 1931.

²² Véase la carta de José Humberto Quintero, fechada en Roma, el 12 de marzo de 1924 y publicada en *El Diario*, Carora, 28 de abril de 1924. Año VI, núm. 1387, pp.1, 3.

²³ Se trata de un cuaderno de 23 x 30 cms. especialmente diseñado como *news-paper cutting*.

²⁴ Véase la carta de Octavio Alberto Montell, fechada el 17 de febrero de 1925.